

# EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO I.

MADRID 1.º DE NOVIEMBRE DE 1874.

NUM. 8.

## LA CURRUCA.



¡Cuán admirable es Dios en la naturaleza! Basta mirarla para que nues-

tras lenguas bendigan al Criador, porque « Los cielos, ha dicho David,



cuentan la gloria de Dios, y el firmamento denuncia la obra de sus manos.» Salmo 19, 1. Y á su vez un sabio gentil dijo: «¿quién hay tan estúpido, que con solo mirar al cielo, no sienta que hay Dios?»

Entre las maravillas de naturaleza quiero, pequeños lectores, admireis ahora esa costumbre instintiva de algunas aves, que en determinadas épocas del año, pero siempre fijas, aunque nadie se las recuerde, y por caminos constantes sin que nadie las dirija, dejan un pais que no les conviene y emigran á otro, que les ha de ser mas saludable, volviendo por los mismos caminos al año siguiente al pais que abandonaron, á buscar el viejo nido, que ya en un alero de nuestras casas, ya en un tomillo de nuestros montes, ya en un sauce de nuestras vegas, ó ya quizá en el campanario de una iglesia dejaron.

Despues admirad tambien lo que esa lámina representa: Un nidito de curruca. Esa pequeña avecilla, que la estacion del amor trae á nuestros bosques, elige para su morada nuestros jardines, ó bien las arboledas de la orilla del rio, ó quizá la espesura sombría de un bosque. La vida de esta avecilla se desliza muy dulce y jovial. Colocada desde la primera mañana en las ramitas mas altas de las salcedas, se entretiene en recoger las gotas del rocío matinal, en cantar sus amores, y en desafiar tambien y perseguir á sus compañeras, pero mas por diver-

sion y juego, que con intencion dañada.

Al tiempo oportuno la curruca hace su nido, siendo cariñosamente ayudada por el macho, que le prodiga los mas tiernos cuidados mientras empolla los huevos, y despues á una con ella da de comer á los tiernos hijitos.

La curruca tiene entre las aves algunas enemigas, especialmente la urraca; á su vista tiembla, huye; pero apénas ha pasado el peligro, recobra al punto su jovialidad, y renueva sus cánticos.

Se retira de nuestro pais á mediados de otoño, ántes que los primeros frios de invierno vengán á destruir los insectos, y las pequeñas frutas que les sirven de sustento. La tierra á donde van, es *la tierra desconocida*. Oid sobre esto la siguiente historieta:

## PARÁBOLAS DE LA NATURALEZA.

### III.

#### LA TIERRA DESCONOCIDA.

«*Pero ahora aspiran á otra patria mejor.*» (Heb. 11, 16.)



ada importaba á la curruca que fuese de noche ó de dia!

Ella construía su nido entre las salcedas, cañas, ó en las largas y espesas yerbas que crecían al lado de un gran rio; y en su escondido refugio entonaba noche y dia cánticos de alegría y júbilo.

¿Adónde va este gran rio? preguntaban los hijos de la curruca mirando

desde  
de ve  
luna

Pe  
testac  
eso, r  
pregu  
tanto  
tan lé  
otro v  
das.  
otros  
curru  
gorri  
ritos  
nido:  
presa

PASEO



pujab

«Pa  
dias á  
parte  
no ve  
del m  
que c  
esto?»

«M  
«ese f  
notabl  
es el c



desde su nido en una hermosa noche de verano, y viendo brillar la luz de la luna sobre las aguas corrientes.


Pero la curruca no podía dar contestacion segura á sus pajaritos; por eso, riendo, les contestaba que debian preguntarlo al gorrion que hablaba tanto, ó á la golondrina que viajaba tan léjos, la primera vez que uno ú otro viniese á descansar en las salcedas. «Y entónces,» añadió ella, «vosotros oireis cuentos como estos;» y la curruca procuraba imitar la voz del gorrion hasta el punto de que los pajaritos casi pensasen que aquel habia venido: tan parecido era el modo de expresarse.

(Se continuará.)

## PASEOS RECREATIVOS POR LA NATURALEZA.

### I.

#### LA MAREA.

 aseaba un padre cariñoso con su hijito por la orilla del mar á tiempo que la marea empujaba las olas sobre la arena.

«Papá,» dijo el niño curioso, «otros dias á esta hora hemos visto hácia esa parte del mar unos peñascos que hoy no veo; observo ademas que las aguas del mar están mas cerca de la tierra que otras veces. ¿Cómo se explica esto?»

«Mira, hijo mio,» contestó el padre, «ese fenómeno que es uno de los mas notables que observamos en el mar, es el que llamamos *marea*. En el es-

pacio de veinticuatro horas vemos que sus aguas suben y bajan dos veces hácia la tierra. La subida la llamamos marea alta ó *flujo*; y la bajada marea baja ó *reflujo*.»

«¿Y qué efecto produce esta marea?» preguntó el curioso Manuel.

«Este movimiento diario de las aguas, y otros movimientos en otros sentidos, á los que se da el nombre de *corrientes*, así como la gran disolucion de sales que domina en ese elemento, impiden que las aguas del mar se corrompan y llenen de miasmas insalubres al continente.»

«Y dí, papá, ¿cuál es la causa de las mareas?»

«La causa de estas mareas, créese comunmente por los naturalistas, es la influencia de atraccion, que el sol, y principalmente la luna ejercen en esa gran masa de aguas al pasar sobre ellas. Y á creer esto nos induce la observacion de que la marea no se verifica todos los dias á la misma hora, sino que se retrasa diariamente ó se adelanta el tiempo que siguiendo las leyes de su movimiento, se adelanta ó atrasa la luna en su subida al horizonte.»

Manolito admirado le interrumpió diciendo: «¿Qué prodigio tan grande! ¿Qué sabio debe ser el Dios que dirige todas estas cosas!»

«La influencia de la marea es en verdad muy notable, hijo mio,» continuó el padre, «ya para el movimiento de las embarcaciones, que ayudadas



por el flujo ó reflujo pueden mas facilmente acercarse á la tierra ó retirarse de ella, ya para la mayor ó menor densidad de la atmósfera. Y mira, hijito, voy á darte una regla para que conozcas si la marea está alta ó baja. Oí en una ocasion de los labios de un capitan de buque la observacion siguiente, que desde entónces he hecho varias veces: se conoce en alta mar y en los puertos si sube ó baja la marea, observando la pupila del ojo de un gato; en la marea alta se dilata y en la baja se contrae.»

«¿Pero sucede esto en todos los mares? porque no lo observé cuando estuvimos en Barcelona.»

«Tienes razon, Manolito; las mareas no tienen lugar en todos los mares; el Mediterráneo que rodea nuestra península por el Oriente y el Mediodia no las tiene, pues es muy pequeña su estension; al paso que en el que nos rodea por una parte del Mediodia, por el Occidente y el Norte, el Atlántico, las experimenta muy notables.»

«Papá vámonos,» dijo el niño, «que vá subiendo mucho el agua.»

*(Se concluirá.)*

### RESPUESTA

Á LAS PREGUNTAS DE LA PÁGINA 100.

- 1.<sup>a</sup> El homicidio es el fruto del enojo.
- 2.<sup>a</sup> Nuestro prójimo, quiere decir, cada hombre.
- 3.<sup>a</sup> Porque son hijos de Adan y deben ser hijos de Dios.
- 4.<sup>a</sup> Cain mató á su hermano Abel.



APOCALÍPSIS 3, 20.



é aquí que estoy á la puerta y llamo. Si alguno oyere mi voz y abriere la puerta, entraré á él y cenaré con él y él conmigo.



### PREGUNTAS

SOBRE EL EVANGELIO DE SAN MATEO.

Capítulo sexto.

- ¿Cómo oran los paganos?
- ¿Cómo enseñó Jesus á orar?
- ¿Cómo debemos llamar á Dios?
- ¿Cómo santificamos el nombre de Dios?

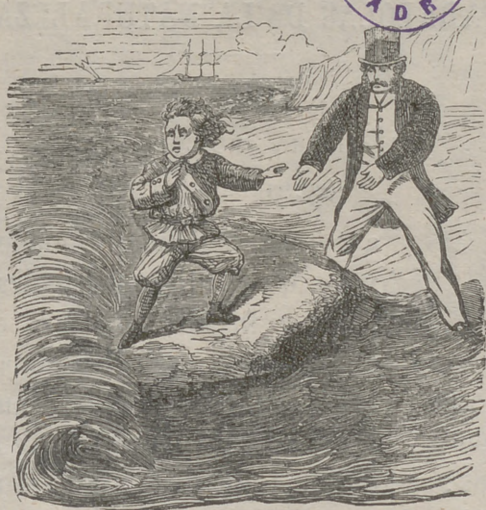


## PASEOS RECREATIVOS POR LA NATURALEZA.

## II.

LA MAREA.

(CONCLUSION)



«Sí, hijo,» prosiguió el padre, cuando se volvían á casa, «este fenómeno de las mareas que es muy curioso é importante para el que las ve por primera vez, en ocasiones es peligroso para los inespertos. Oye una historia notable.»

«Cuenta, papá, cuenta,» dijo Manolito con grande interes.

«Conocí un niño, el pequeño Fernando, mas aficionado al juego que á los libros, y á la calle mas que á la escuela, que estuvo á punto de pagar en una ocasion muy cara su travesura. Sus padres le habian enviado á la escuela, y él se fué á la orilla del mar á coger conchas. Distraido en los huecos de un peñasco, no observó que la marea subia, y cuando quiso recordar,

el peñasco estaba rodeado de agua por todas partes. ¡Qué susto! ¡qué alaridos! ¡qué pesar por no haber ido á la escuela! ¡qué promesas para el porvenir!»

«¿Qué le pasó? ¿se ahogó, papá?»

«No, Manolito. Afortunadamente su padre, que habia notado la falta de Fernando en casa, corria desolado buscándolo; pasando por la orilla del mar oyó los gritos del desesperado niño y llegó á tiempo de salvarlo, no sin haber tenido que sufrir un buen remojon.»

«Escarmienta, hijo, en Fernando. ¡Cuántos disgustos á tus padres, y cuántos peligros evitarás, siendo siempre obediente, y no haciendo nada sin nuestro permiso y nuestro agrado.»

Manuel se quedó muy pensativo, porque recordaba algunas faltas que habia hecho.

«Oye aun otro caso,» prosiguió el padre, «que yo mismo presencié. Un niño muy travieso llamado Luis, sin permiso de nadie y sin dar á nadie cuenta de sus acciones, tomó un bote que él solo empezó á dirigir á la alta mar. Alegre y descuidado seguia su paseo marítimo, cuando la marea empezó á subir y las olas á encrespase. Aunque ya tarde conoció su peligro. Se esforzaba por volver al muelle, pero sus fuerzas no eran bastantes á resistir el ímpetu de la marea. Por su suerte, unos pescadores lo observaron y gracias á la ayuda de ellos, pudo volver á tierra y al seno de su madre, que



al saberlo tuvo un accidente que puso en peligro su vida.»

Volviéronse pues á la casa, y Manuel contó á sus hermanos lo que habia visto y que tan sorprendido le dejó, y las historias que su padre le habia referido. Así con estas conversaciones de su padre se instruía en los fenómenos de la naturaleza, y nunca olvidó la leccion de obediencia que en tales historias su padre habia impreso en su corazon.

¿SE HA ARREGLADO EL ASUNTO?

«Se ha arreglado el asunto entre Dios y V.» pregunté con solemnidad á una persona cuya salud decaida nos revelaba su próxima partida de este mundo.

«¡Oh sí señor!» fue su tranquila respuesta.

«¿Cómo lo arregló V.?»

«El Señor Jesucristo lo arregló por mí.»

«¿Y cuando lo hizo por V?»

«Cuando murió en la cruz por mis pecados.»

«¿Cuánto tiempo há siente V. este consuelo bendito?»

La respuesta fue dada con prontitud: «Hace doce meses.»

Deseando, sin embargo, saber las razones de esta confianza, pregunté: «¿Cómo sabia V. que la obra que Cristo acabó en la cruz fue hecha por V?»

Con viveza contestó ella: «Leía en la Biblia y creía lo que leía.»

Y ahora, lector querido, ¿has leído


tú la Biblia, y has creído lo que has leído? Está escrito: «Cristo Jesus vino al mundo para salvar á los pecadores.» ¿Trae esto consuelo á tu alma?

### PARÁBOLAS DE LA NATURALEZA.

#### III.

##### LA TIERRA DESCONOCIDA.

(CONTINUACION.)

a curruca habló de ciudades y casas, jardines y frutales, gatos y fusiles; mas hizo el cuento algo confuso, porque jamas habia tenido paciencia para oír y entender los del gorrion sobre estas cosas: pero por imperfecto que estuviese el cuento, divertia grandemente á los pajaritos que ensayaron hacer otro tanto hasta que, cansados, se durmieron.

Quando despertaron, comenzó otra vez el cántico y los cuentos por parte de los pajarillos, porque ya el cielo empezaba á clarear por la parte de Oriente con la llegada de la aurora, y ellos sabian muy bien que pronto los ardientes rayos del sol penetrarian hasta dentro de su casita, escondida entre las cañas.

Mas la madre dejaba algunas veces á sus hijitos en el nido y subia á la salceda para cantar sola; y como la estacion era adelantada, lo hacia muy á menudo; entónces era su canto sumamente doloroso y tierno, porque cantaba mirando á las aguas del rio,



que iban corriendo sin saber ella adonde. Pensaba tambien que llegaria el dia en que juntamente con su marido y todos los pajaritos sus hijos se lanzarian, (como lo hacia el rio), léjos de allí; pero sin saber tampoco adonde: á la tierra desconocida de donde habia venido. Sí, se la puede llamar tierra desconocida para la curruca, porque solamente quedaba en su espíritu una idea muy vaga respecto á la tierra donde ella habia empezado su vuelo.

Al principio entonaba sola estos cánticos; pero despues, y poco á poco, comenzó á enseñarlos á los hijitos. Porque, ¿no debian ellos acompañarla mas tarde, y no seria bien por esto acostumbrarlos paulatinamente á pensar en estas cosas? Mas los pajaritos preguntaron donde estaria la tierra desconocida. Ella, sonriendo, contestó que no podia decirlo, porque tampoco lo sabia. «Tal vez el rio grande dirige siempre su viaje por allí;» pensaba el pajarito mayor. Pero se equivocaba.

El gran rio se aproximaba con precipitacion á una ciudad poderosa, donde tenia que pasar por los arcos de muchos puentes y llevar en su seno el comercio de muchas naciones; ¡inquieta y cubierto de buques durante el dia; triste, oscuro y peligroso por la noche!

¡Ay! ¡Cuánto contrastaban el dia y la noche de la populosa ciudad, con la noche y el dia en la casita de la curruca, donde el cambio de las veinte y cuatro horas que Dios ha dado á la

naturaleza no eran mas que una perpétua transicion de sosiego y hermosura!

«Madre, ¿por qué entonas cánticos de otra tierra?» preguntaba un pajarito de tierno corazon. «¿Por qué hemos de dejar las cañas y salcedas? ¿No podemos todos construir nidos y vivir aquí siempre? Madre, no vayamos á habitar á otra parte. No necesitamos otra tierra ni otra casa que esta. En el rio grande hay muchas islas, entre las cuales puede escoger cada uno de nosotros para quedarse definitivamente. Es posible que en la tierra desconocida no haya cosa alguna mas bonita que las cañas y las salcedas de aquí. ¡Soy muy feliz! Deja, pues, esos tristes cánticos.»

Entónces el interior de la madre se preocupó de ideas muy diferentes y no respondió. Y el hijito continuaba: «Recuerda, madre, la sonrosada aurora con su dulce luz y despues los rayos del sol reflejarse en las corrientes aguas! Piensa en el gran calor del medio dia, que hace crecer y vivificar todas estas cañas! No olvides, madre, las tardes en que, colocados en las ramitas, miramos al hermoso sol marchar hácia su ocaso: ó cuando dirijimos nuestro vuelo á las islas del gran rio, cantamos allí entre las yerbas, y despues volvemos gozosos á nuestra casita, tornando á cantar hasta que nos dormimos! Piensa en el placer que recibimos cuando llueve, porque entónces, ¡cuán agradable es colocarse todos



juntitos en el caliente y blando nido, oyendo caer las gotas de agua sobre las hojas y cañas por encima de nosotros. ¡Oh! amo tanto esta casita querida! Te ruego no entones mas esos cánticos tristes de otra tierra.»

Entonces dijo la madre: «oye, pequeño mio, oye y te referiré otro cuento.»

*(Se continuará.)*

## CUENTOS DE LA LUNA.

### 1.

**F**ue ayer, me contaba la luna, cuando miraba á un patio pequeño rodeado de casas. En él habia una gallina con once pollitos. Al rededor de ellos saltaba una niña muy bonita; y la pobre gallina, asustada, huia y estendia sus alas para cubrir á sus pollitos.

Entonces llegó el padre de la niña y la regañó. Yo seguí mi camino sin ver ni pensar mas en esto.

Pero esta noche, pocos minutos há, he visto otra vez el mismo patio. Estaba todo muy silencioso; mas de pronto vino la niñita de ayer, se acercó muy despacito al gallinero, descorrió el cerrojo y se deslizó dentro hácia la gallina y sus pollitos. Ellos piaban fuertemente y revoloteaban por todas partes; la niña corria tras ellos. Yo ví todo esto muy distintamente, porque miraba por un agujero abierto en la pared.

Me incomodé mucho con aquella

mala niña, y alegréme cuando vino el padre, quien la volvió á regañar mas severamente que anoche, y la cogió de un brazo. Ella inclinaba la cabeza y derramaba muchas lágrimas por sus azules ojos.

«¿Qué haces aquí?» le preguntó el padre.

Ella llorando respondió: «Quería entrar para dar un beso á la gallina y pedirla perdon por lo de ayer; pero esto no queria decírtelo.»

¡Y el padre, al oír esta singular contestacion, besaba en la frente á aquella dulce inocencia; y yo, al besar al mundo, enviaba tambien un ósculo de simpatía á aquella pobre niña!

## RESPUESTA

Á LAS PREGUNTAS DE LA PÁGINA 104.

- 1.<sup>a</sup> Le vendieron á Egipto.
- 2.<sup>a</sup> Perdonar á nuestros ofensores.
- 3.<sup>a</sup> Pedir el perdon de los ofendidos.
- 4.<sup>a</sup> El tercer mandamiento.

\*\*\*

## PREGUNTAS

SOBRE EL EVANGELIO DE SAN MATEO.

Capítulo sexto.

¿Qué podemos hacer para estender el reino de Dios?

¿Por quién es hecha la voluntad de Dios en los cielos?

¿Qué es el pan cotidiano?

¿Cómo perdona Dios las deudas?



## JESUS BENDICE A LOS NIÑOS.

MÁRCOS 10, 13-16.



Presentaban en cierta ocasion á Jesus unos niños, para que los tocasse; pero los discípulos rechazaban á los que los traian. Y como Jesus lo viese, se indignó y les dijo: «Dejad los niños venir, y no se lo estorbéis; porque de los tales es el reino de Dios. De cierto os digo que el que no recibiere el reino de Dios como un niño, no entrará en él.» Y tomando á los niños en los brazos los bendijo poniendo sobre ellos las manos.

¿No os recuerda esto la profecia de Isaías tocante á Cristo, que dice: «Como pastor apacentará su rebaño; en su brazo cogerá los corderos, y en su seno los llevará?» ¿Y no os estimulará tambien á buscar su bendicion?

## PARÁBOLAS DE LA NATURALEZA.

## III.

## LA TIERRA DESCONOCIDA.

**L**a curruca cambiando su nota refirió á sus tiernos pajaritos que ella en su juventud habia sido tan feliz y dichosa como ahora, aun cuando entónces no se hallaba entre las cañas del rio grande. Que despues de haber visto trascurrir muchos meses en aquella felicidad agradable, llegó un dia en que le pareció oír en su interior una confusa voz que decia: «Aquí no tienes reposo;» y estrañando

ella esto, procuraba no hacer caso de aquella voz, puesto que no deseaba otra cosa que seguir alegrándose y vivir allí donde habia nacido.

Mas la voz entónces, se dejaba sentir en su interior con mas claridad y frecuencia; y hasta el querido compañero que ella habia elegido, oyó y sintió lo mismo. Por último, obedeciendo á aquella voz, dejaron su antigua vivienda, y juntos vinieron y se establecieron entre las cañas del rio grande. «Y, ¡oh qué feliz he sido!»

«¿Y dónde está el sitio, madre, de donde tú has venido?» preguntaba el



pajarillo. «¿Es cerca de aquí? ¿Podremos ir á verlo?»

«Hijo mio,» contestó la curruca, «es la tierra desconocida. Yo sé que está muy léjos, pero ignoro donde se halla. Mas la misma voz interior que me aconsejó salir de allí, empieza á llamarme é inducirme á que regrese. Y si entónces fuí obediente y estuve llena de esperanza, ¿sería ahora ménos obediente y tendria ménos confianza, despues de haber experimentado tanta felicidad? No, hijo mio; vamos, pues, hácia la tierra desconocida donde tal vez encontraremos completa felicidad.»

«Tú irás conmigo y así lo haré,» murmuró la pequeña curruca; y ántes de dormirse unió su voz juvenil á la de su madre para entonar cánticos de la tierra desconocida.

Al dia siguiente y cuando los padres se habian marchado á las márgenes de un rio cercano, otro de los pajaritos voló á los ramos mas altos de las salcedas y deleitándose con la hermosa perspectiva, comenzó á cantar alegremente balanceándose en un ramito. Despues de ensayar algunos cánticos que salian bastante bien, dada su tierna edad, probó á entonar el de la tierra desconocida.

¡Qué melodía mas bonita, qué voz tan hermosa y qué canto mas armónico!» observó una picaza que por desgracia pasaba por allí al mismo tiempo, y á la que una intencion perversa habia inducido á divertirse con

el pequeñuelo, enseñándole su sabiduría, segun ella creia.

«Yo he estado en muchos sitios y una vez en la casa misma de un hombre,» dijo la picaza elevando su cola con aire de satisfaccion y balanceándose en un ramo cerca de la curruca; pero bajo mi palabra honrada que rara vez he oido un cántico mas bonito que el tuyo. Y mucho desearía que me dijese de qué tierra procede.»

«Es de la tierra desconocida,» dijo la jóven curruca con placer humilde y muy inocentemente.

«¿Habré oido yo bien lo que has dicho, amiguita?» dijo la picaza con solemnidad burlona. «¡La tierra desconocida! ¿Quien pensará encontrar filosofia tan profunda entre las lagunas y fosos? ¡Es un gozo! Hazme el favor de decirme lo que puedas y sepas acerca de esa tierra desconocida. Aunque soy vieja, deseo siempre aprovechar cuantas ocasiones se me presentan para aprender.»

«No sé; solo puedo decirle que iremos allá un dia de estos;» replicó la pequeñita curruca, algo confundida por la ironía de la picaza.

«¡Pues eso es magnífico!» repuso la picaza riéndose; «¡cómo me gusta la simplicidad! y en verdad, eres un acabado modelo de esta virtud, señorita curruca. Pues sigue pensando en tu viaje á la tierra desconocida, siempre en el caso de que puedas encontrar el camino, amiguita querida; que acá para entre las dos me parece algo du-



doso, puesto que el sitio mismo te es desconocido. Buenas tardes tengas, señorita bonita, y buen viaje!»

«¡Oh, quédese V.!» exclamó el pajarito muy cortado en aquel instante con la burla de la picaza. «¡No se marche V. todavía! Dígame lo que piensa sobre la tierra desconocida!»

«¡Oh pequeña filósofa! ¿Cómo podrá ningun ser, aunque fuese tan sabio como tú, pensar en una cosa desconocida? Que puedes adivinarlo, concedo; yo también acaso lo hiciera, si creyese que valía la pena de perder mi tiempo en esto. Pero nunca harás más que adivinar en este caso; á lo ménos mi pobre talento no alcanza á las consecuencias.»

«¿Pues qué, acaso no va V. por allí?» preguntó sorprendida la pequeña curruca.

«No por cierto. Lo primero estoy contenta aquí; y además no creo lo que se me refiere con tanta facilidad como tú. ¿De qué he de saber yo que hay un sitio llamado la tierra desconocida?»

«Eso lo he oído yo á mis padres;» respondió la curruca con más confianza.

«¡Oh! ¿tus padres lo han dicho?» observó la picaza desdeñosamente. «Y eres un buen pajarito que cree todo lo que dicen sus padres. ¡Y si ellos te dicen que vas á habitar en la luna lo creerás!»

«Nunca me han engañado ellos todavía;» replicó la joven curruca, sa-

duciendo sus plumas con indignación.

«¡Ay; ahora si que me gusta tu salida! ¿Quién ha dicho que tus padres te han engañado? Pero aun sin ser falaces, me permitirás decir que pueden muy bien ser unos ignorantes. Y dejo á tí que hagas lo que mejor te parezca, porque no se gana nada más que disgustos hablando con jóvenes del país como tú, que eres incapaz de alternar con pájaros de experiencia y sabiduría. Pues, una vez y para siempre.... ¡á Dios!»

Y la picaza emprendió su vuelo y se marchó ántes que á la curruca se le hubiese pasado la cólera.

(Se concluirá.)

## CUENTOS DE LA LUNA.

### II.



Y amo mucho á los niños, prosiguió la luna, especialmente á los chiquitos; ¡son tan graciosos! Cuando ménos piensan en mí, los atisbo muchas veces por entre las cortinas y ventanas. Es muy



chistoso verlos cuando al irse á acostar se ayudan unos á otros á desnudarse. Primero se descubre fuera del vestidito una espalda desnuda, pequeña y redonda, y luego un torneado brazo. O bien yo veo cómo se quita una pequeñita media, dejando aparecer su linda y diminuta piernecita tan blanca como robusta; luego descubria el piececito, que yo besaba!

Esta tarde he visto por una ventana, donde las cortinas estaban recorridas, porque enfrente no habia otra casa, un tropel de niños todos hermanitos. Habia entre ellos una niña, que no tenia mas que cuatro años, pero que sabe decir el «Padre nuestro,» tan bien como los otros; y todas las noches se sienta su mamá al lado de la camita para oirla orar. Da á la chiquita un beso y se queda allí hasta que se duerme, lo cual sucede tan pronto como cierra los ojos. Esta tarde estaban los dos mayores un poco juguetones; el uno saltaba apoyado en una sola pierna y cubierto con su larga y blanca camisa de noche; el otro subió á una silla y se puso toda la ropa de los demas.

En cuanto á los dos niños restantes, el uno acomodaba uno por uno todos sus juguetes en una gaveta como debe hacerse; y la madre se sentó al lado de la camita de la mas pequeña, advirtiéndole á los otros que debian callar porque la chiquita iba á orar el «Padre nuestro.»

Yo miré por encima de la lámpara, prosiguió la luna; la niña de cuatro

años estaba acostada en su camita, y tenia las manos plegadas y su fisonomia estaba como pensativa. Oraba el «Padre nuestro.»

«¿Pero qué es esto?» dijo la mamá interrumpiéndola; «á mitad de la oracion, cuando dices: *el pan nuestro de cada dia dánosle hoy*, entónces añades algo que no entiendo bien. ¿Qué es? tienes que decírmelo.»

Y la pequeñita callaba y miraba timidamente á su mamá.

«¿Qué dices ademas de *el pan nuestro de cada dia dánosle hoy?*» repitió la madre.

«No te enfades, querida mamá,» respondió la niña; «yo añadia: *y mucha miel por encima.*»

## RESPUESTA

Á LAS PREGUNTAS DE LA PÁGINA 108.

- 1.<sup>a</sup> A nuestro Padre celestial.
- 2.<sup>a</sup> Con bondad infinita.
- 3.<sup>a</sup> Recaudadores del tributo y por lo general, ladrones.
- 4.<sup>a</sup> Dios en el cielo.

\*\*

## PREGUNTAS

SOBRE EL EVANGELIO DE SAN MATEO.

Capítulo sexto.

¿Quién nos ha dado un ejemplo en perdonar?

¿Qué debemos hacer con nuestros deudores?

¿Qué es la tentacion?

¿Cómo debemos guardarnos de la tentacion?





## MATEO 6, 26.

Mirad las aves del cielo que ni siembran, ni siegan, ni allegan en alfolies; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros mucho mejores que ellas?

## MATEO 10, 29. 30.

¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae á tierra sin vuestro Padre. Pues aun vuestros cabellos están todos contados.

## PARÁBOLAS DE LA NATURALEZA.

## III.

## LA TIERRA DESCONOCIDA.

(CONCLUSION.)

El tiempo habia verificado un cambio brusco en aquella tarde, porque el verano estaba ya muy adelantado y una violenta y larga tempestad habia traído aires mas frescos y mas lluvia que de ordinario. Los pajaritos se estrañaban y estaban tristes al ver el cielo oscuro y el rio crecido. Sentian que no hubiese sol que los calentase y secase la humedad como sucedia ántes cuando las lluvias eran cortas.

«¿Por qué está el cielo tan lleno de nubes y amenazador, el rio tan crecido y turbio, y por qué no hay sol?» preguntó uno de los pajaritos.

«Tendremos sol mañana,» respon-

dió la madre, «mas los dias pasan velozmente y la tempestad ha acortado mucho el de hoy; el sol no penetrará por entre las nubes esta tarde. ¡No importa! La humedad no ha hecho daño al interior de nuestro nido. Colocáos dentro vosotros, queridos míos, así tendreis calor; y yo mientras cantaré sobre nuestro viaje. ¡Tontos! ¡han pensado que el sol duraria aquí para siempre!»

«Yo lo he esperado y he creído así, pero desde poco há he visto un cambio,» replicó el pajarito que tanto habia hablado ántes con su madre; «mas ahora nada me importa que el sol se oculte, venga la lluvia, el rio parezca turbio y el cielo negro, porque entónces me acuerdo de la tierra desconocida.»

Al oír esto se alegró la madre, y



balanceándose en un alta caña, entonó un cántico de esperanza de la tierra desconocida. Y el padre y los hijitos acompañaban al cántico, todos á una. Mas una pequeñita no queria, no podia cantar; pero cuando las voces cesaban murmuraba de sus hermanos y hermanas, diciendo: «Todo eso seria muy agradable y bueno si pudiésemos *saber* algo acerca de la tierra desconocida de que tanto hablamos.»

«Si supiésemos algo, tal vez nunca estaríamos contentos aquí,» dijo la pajarita tierna que tanto se habia entristecido ántes al pensar en la marcha.

«Pero si nada *sabemos*,» dijo el otro pajarito, «en verdad, ¿qué noticia tenemos de que existe la tierra desconocida?»

Su hermanita respondió: «De todas maneras, *sentimos* que la hay; *yo* he experimentado tambien la voz interior de que habla nuestra madre, y *tú* asimismo debes haberla sentido.»

«*Imaginas* que la has oido,» replicó la otra, «porque mamá te lo ha dicho. Todo es imaginacion, adivinacion; mas no hay conocimiento. Podia imaginarme tambien que la oigo, pero no seré tan tonta y débil; no pienso en ir, y no iré.»

«Este no es nuestro reposo, ni nuestro destino, ni nuestro fin,» dijo la madre con voz enérgica, y lo mismo decian las otras pequeñitas con dulce armonía. «Este no es nuestro reposo, nuestro destino, ni nuestro fin,» dijo una voz en lo profundo del corazon de la pobre pequeña curruca.

«Este no es nuestro reposo!» repitió la madre. El rio corre adelante; las nubes marchan avanzando; los vientos pasan sin cesar, porque aquí no es su reposo. Preguntad al rio, preguntad á las nubes, preguntad á los vientos adonde van: ¡á otra tierra! Preguntad al gran sol adonde va cuando se oculta de nuestra vista: ¡á otra tierra! Así, pues, cuando llegue el tiempo oportuno, saldremos de aquí y os llevaremos.»

«¡Oh madre, madre! ¿Podré yo crearlo? ¿Dónde está esa tierra?» Así clamó en el nido la infeliz que dudaba. Mas entónces abrió su embotado corazon y contó lo que habia dicho la picaza. Los padres la escuchaban en silencio y cuando cesó:

«Oye, hija mia,» exclamó la madre, «y entonaré otro cántico.» Volvió á ocuparse de la tierra que habia dejado ántes; mas ahora insistia en que la habia abandonado *sin saber por qué*. Voló sin saber adonde, en obediencia ciega, en fe y en esperanza. Y cuando ella atravesaba las inmensas aguas, á nadie encontró que le diese razon de su viaje y le dijese este ó ese será tu destino. ¿Habria podido decírselo la picaza si ella hubiese estado allí? Pero con todo, ¿fué ella engañada? No. La voz secreta que la habia llamado y conducido fuera, habia sido de benignidad. Cuando llegó á las cañas, lo supo todo. Porque entónces le vino un gran deseo de posar en ellas. Ella y su querido compañero vivian juntos



y poco despues les vino el pensamiento de construir un nido. ¡Ah! si la picaza los hubiese visto hacer una casita para hijos todavía no nacidos, ¡cómo se habría burlado! «¿Qué podía ella *saber*,» hubiera preguntado, «acerca de lo futuro? ¿No era todo *adivinidad*, *imaginación*, *tontería*?»

Mas, ¿había sido ella engañada? No, una voz de benignidad era la que había dicho lo que debía hacer. Porque, ¿no era felizmente madre? ¿Y no podía ella ahora darles consuelo y consejo en sus dificultades y apuros? Porque la picaza dijese lo que á bien le pareciera, ¿sería por esto probable que la voz de benignidad los engañase al fin? «No,» exclamó ella con gozosa confianza: «Obedezcamos la voz aunque ahora no sepamos por qué. Cuando seamos perfectos en obediencia y fe, podrá suceder que nos sean concedidos el conocimiento y penetración.» Así concluyó el canto de la madre, y ninguna triste duda obscureció mas la casita de la curruca.

Despues de esto trascurrieron algunas semanas de otoño, y en las mañanas y noches frescas los cánticos de la partida se oían resonar mas claros y alegres que nunca entre las cañas. Ellos *sabían*, ellos *sentían*, ellos *tenían confianza* en que habría alegría para ellos en la tierra desconocida.

Una mañana de madrugada, cuando todos estaban entretenidos en varios parajes, un ruido estrepitoso asustó repentinamente á los pajaritos. Dejaron

sus juegos y en tropel volvieron á su casa. El viejo nido parecia mas desarreglado y deshecho que nunca, como si algo de agua hubiese penetrado por el fondo ya casi roto. Mas ellos, por seguridad, se acomodaron dentro como siempre. Pronto advirtieron que ni padre ni madre estaban por allí; y despues de esperarlos algun tiempo, los alarmados pajaritos tomaron vuelo para buscarlos.

¡Oh! ¡qué amargura experimentaban al buscar en tanta ansiedad á sus amados padres! Pero ignoraban aun que la verdad de lo sucedido había de causar en ellos un efecto mucho mas doloroso que la incertidumbre producida por la ausencia.

Llegó por fin el terrible momento de encontrarlos. Sobre una yerba larga y espesa que cubria un banco de fango tan húmedo que apenas el cruel cazador podía transitar por él para cogerlos, yacian los padres, sus queridos padres. El uno ya muerto. La madre aun vivía y al oír los lamentos de sus hijitos, entonó un postrero canto de esperanza y consejo.

«¡Fuera, fuera, queridos míos; á la tierra desconocida! ¡La voz que siempre ha llamado benignamente á toda nuestra raza, os llama á vosotros ahora! ¡Obedeced! Salid en confianza alegre. ¡Pronto! ¡Pronto! ¡No hay tiempo que perder!»

«Pero, ¿y mi padre? ¿y mi madre?» exclamaban los pajaritos.

«Callad, hijitos, callad, nosotros no



podemos ir con vosotros *allí*. Pero puede ser que haya otra tierra desconocida á la que seamos conducidos.» Y dicho esto, la madre dejó caer la cabeza sobre el lado herido y espiró.

Mucho tiempo ántes de que el sol pudiese penetrar las espesas nubes en la mañana próxima, las jóvenes curucas se elevaron por última vez sobre sus cañas queridas, y tomaron vuelo sin saber adonde. Tal vez alimentaban una esperanza oscura é indefinida de encontrar á sus padres otra vez en la tierra desconocida. Y si algo de tristeza sentian cuando esta esperanza se debilitaba, era solo momentánea, «porque,» dijo uno de ellos, «puede haber otra tierra desconocida, mejor todavía que esta, á la que tal vez ellos han sido llevados.»



JUAN 5, 39.

«Escudriñad las Escrituras,» dice Jesucristo, «porque á vosotros os parece que en ellas teneis la vida eterna y ellas son las que dan testimonio de mí.»

## REFRANES.

**Q**uien da luego da dos veces.  
**Q**uien tiene la virtud por gracia, va seguro en su viaje.  
 Quien quisiere seguir la virtud, destierre primero el vicio.

El que oculta su saber, suele ser mas erudito.

El que no tiene amigos es como cuerpo sin alma.

\*\*\*

## RESPUESTA

Á LAS PREGUNTAS DE LA PÁGINA 112.

- 1.<sup>a</sup> Por amor de Dios.
- 2.<sup>a</sup> En público.
- 3.<sup>a</sup> Para ser visto de los demas.
- 4.<sup>a</sup> En secreto.

\*\*\*

## PREGUNTAS

SOBRE EL EVANGELIO DE SAN MATEO.

Capítulo sexto.

- ¿Qué es ser librado del mal?
- ¿Cuál es el mayor mal?
- ¿Por qué debemos orar así?
- ¿Cómo es suyo el reino?

## ADVERTENCIA.

Este periódico saldrá á luz mensualmente, al precio de medio real cada número ó sea 6 reales al año; en provincias 8 reales.

En su confeccion se ha procurado distribuirlo en cuatro medios pliegos, á fin de que cada uno de ellos sirva como periódico semanal, para el uso de las escuelas dominicales.

Rogamos á todos los que se interesen por la educacion de los niños, que nos ayuden en esta tarea, remitiéndonos enigmas, cuentecitos, artículos de Historia, Geografía, Física ó Historia natural.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán á la Librería Nacional y Estranjera, Calle de Jacometrezo 59.

MADRID: 1874.—Imp. de J. Cruzado, Peñon, 7.